

## Cine y la novela. Vicente González-Aramayo Zuleta

Es obvio que al hablar de cine y de novela, estamos hablando de dos géneros de arte diferentes, sin embargo, desde que el género cinematográfico llegó a la pantalla a finales del siglo XIX, la novela –tan antigua como la pluma– se ha convertido en la reina dorada del arte del celuloide. No extraña a nadie este magnífico detalle ya que la novela ha sido y será siempre una expresión humana de innumerables episodios históricos, artísticos, tecnológicos, oníricos, futuristas, etcétera, que marcan huella y reflejan el perfume del desarrollo cultural que la población quiere conocer, apreciar y deleitarse, ya con la grandeza de los semidioses de todos los tiempos y por supuesto también con los sueños y pensamientos del futuro.

Si podríamos fusionarse idealmente ambos géneros, tal como es el deseo de los cineastas, se generarían mayores sonidas de progreso cultural y científico para el bien de la humanidad; sin embargo, esta tarea no es nada fácil considerando el proceso de la adaptación que debe sufrir la novela para la pantalla. Esta dificultad es reconocida por muchos literatos, cineastas y guionistas.

Según el concepto de adaptación que señala Sánchez Noriega, éste no conlleva ningún argumento de entendimiento, pues los considera como el "proceso por el que un relato, la narración de una historia, expresado en forma de texto literario, deviene, mediante sucesivas transformaciones en la estructura (anunciación, organización y vertebración temporal), en el contenido narrativo y en la puesta en imágenes (suposiciones, comprensiones, añadidos, desarrollos, descripciones visuales, dialogaciones, sumarios, unicaciones o sustituciones), en otro relato muy similar expresado en forma de texto lírico". Entonces, es la concretización el medio del proceso que evita el iluso y aceptable arreglo.

Este nudo gordiano a desatar, propone una interrogante. ¿Cuál debería ser el objetivo del cineasta al llevar una novela a la pantalla? En esto hay dos criterios claros: la que pondrá la libertad absoluta del cineasta (del director) de interpretar la novela sin ninguna obligación para con la obra literaria original, y la otra, la que indica que la adaptación sea capaz de conseguir una interpretación igual o superior a la calidad literaria original.

Aunque parece que una imagen puede expresar más que mil palabras, el argumento del "peso de una palabra" parece no ser fácil de interpretar por ningún artificio o tecnicismo gráfico; por tanto, será difícil armonizar ambos géneros; siempre se ha desvirtuado una gran novela.

Gabriel García Márquez dice: "Creo que hemos llegado a un punto en el que es absolutamente imposible meterse al espectador en la cabaza, la idea de que se trate de géneros completamente distintos, y que además hay una concepción, una estructura y unas soluciones para la novela, completamente distintas a las que hay para el cine".

¿Cómo entonces podemos determinar si una adaptación cinematográfica es superior a su original literario? Nuevamente, Sánchez Noriega nos dice: "una adaptación sólo será superior al original si muestra una película de mayor nivel estético que la novela cuya historia adapta; es decir, que el filme, dentro de la Historia del Cine y la filmografía de su autor, ocupa un lugar preeminente o tiene mayor calidad artística que la que posee la novela dentro de la Historia de la Literatura y de la obra literaria de su autor".

Entonces, de esta propuesta se plantea una ecuación adecuada que intenta armonizar la novela y el Cine. La plantea Gurpegul, así: "se puede establecer una ecuación entre la calidad de una novela y su adaptación cinematográfica; cuanto mayor sea la calidad narrativa menor será la calidad audiovisual". El mismo García Márquez está de acuerdo con este criterio al mencionar: "He visto muchas películas buenas hechas sobre malas novelas, pero nunca he visto una buena película hecha sobre una buena novela".

Con este mismo radicalismo, el reputado guionista francés Jean-Claude Carrière, expresa lo siguiente: "Podría decirse que el mayor peligro para un guionista es la literatura (...) Hay que partir de la base de que el guion no es lenguaje literario, sino algo distinto. En una novela hay cosas que no pueden pasar en una película porque son reflexiones interiores, introspectivas, que se leen (...). Hay que liberarse de la fidelidad de la obra, y eso depende mucho de la relación con el autor (...). Entonces, se podría decir que, incluso, la literatura es el enemigo número uno del guion; el sentido, la belleza literaria, la buena escritura, que tanto satisface al lector, no se puede poner en la pantalla". Si el cineasta decide mantenerse fiel a la novela tiene todos estos problemas.

Esta contradicción sin solución aparente es la que ha llevado siempre a los directores de cine a un "querer y no poder" respecto a los grandes clásicos de la novela mundial, y la que ha llevado a un autor tan admirado como García Márquez a negarse repetidamente a que su obra cumbre *Cien años de soledad* sea llevada a la pantalla. El escritor colombiano mantiene una postura tan radical respecto a la relación entre literatura y cine que ha llegado a decir que:

"... la existencia de una base literaria es una prueba de la servidumbre que el cine arrastra aún en relación con la literatura.



(...) Pensando como escritor y no como cineasta, yo creo que el ideal es que los escritores nos dedicemos a escribir nuestros libros y los directores sean capaces de contar sus películas directamente, sin utilizar esa base literaria. El cine tiene urgencia de eso, porque aunque no lo fallan directores ni fotógrafos, ni sonidistas ni técnicos de ninguna clase, no tiene grandes guionistas. Y los directores –que al fin y al cabo, queremos o no los escritores, son los autores de la película– tienen que decidirlo a hacer ellos mismos su historia sin base literaria. Esa es mi punto de vista"

Acertada nos parece también la opinión del prestigioso director y cineasta húngaro István Szabó quien, de forma menos radical y tal vez más realista, ha dicho: "Mi opinión es que las grandes obras maestras de la literatura no deben ser filmadas sino leídas. En ellas los mensajes están en las palabras, que se relacionan unas con otras y, por lo tanto, al convertirlas en imágenes, lo que se hace es una duplicación. No quiero decir que se echen a perder, lo que sucede es que siempre se convierten en otra cosa, mientras que en esas obras maestras las palabras llevan el peso. Por ejemplo, me parece imposible que *Cien años de soledad* se lleva al cine, pero quien se atreve a hacerlo deberá ser castigado fuertemente. Es posible hacer películas basadas en libros en los que haya algo, pero que ese algo todavía no sea lo verdadero".

Considerando este delicado punto de desacuerdo entre literatura y cine, que permite fluir la cultura más abundantemente, Vicente González-Aramayo Zuleta, como escritor, director de cine y guionista, simultáneamente asume una postura atrevida, y con autoridad de pie práctica a la ecuación anterior al tratar de eliminar los riesgos y temores discurridos. Y no es casual, su personalidad, su inquietud, sus sueños, desde temprana edad, le han llevado al suministro de sus sueños, al permitirse manejar –como uno de los mejores escritores contemporáneos del país– las técnicas del cine y ser, él mismo, su propio guionista. Así lo demuestran a mi modo de ver, los tres últimos trabajos literarios que son una verdadera joya prestos para la pantalla chica y grande.

El lenguaje en ellas, corresponde a un trabajo de literatura fina, agradable y profunda. Pertenece, según mi parecer, a la literatura clásica boliviana que relata paseajes de nuestra historia con investigación y datos precisos. Son tres verdaderas novelas del clásico boliviano laburados con la imaginación de un Víctor Hugo y el peso de un director preste para llevarlo al cine sin aquellos discursos tropiezos de la adaptación. Su lectura es tan grata y profunda que, tras la imaginación del lector, ya no requiere de pantalla cinematográfica para andar junto al escritor. La visualización que nos permitimos es exacta a los relatos, ya que sigue un guion por él construido con ese propósito, de llevarlo al cine. Finalmente, creo que demuestra ser un excelente director de cine en sus películas ya realizadas, considerando las limitaciones financieras, tecnológicas y de servicios para expresar en la pantalla su misma interpretación literaria. Creo, contradiciendo a García Márquez, Vicente es capaz de hacer excelentes películas de sus excelentes novelas.

Vicente González-Aramayo, como escritor, director de cine y guionista, arma la literatura de sus novelas con la estructura del arte del cine y, con el guion implícito de sus obras, conseguirá el equilibrio de la ecuación de Gurpegul, cuando éstas se lleven a la pantalla.

Las tres novelas históricas, a las que aludo, y me deleito con las imágenes de una película que produzco en la pantalla de mi mente, son: "La llave de piedra", "Juan de los Indios" y "El ocaso de Aviñay", cuyo equilibrio sería apetecido por los industriales de la literatura y el cine.

Freddy Sanjines Montaña. Escritor. Miembro de la Unión Nacional de Poetas y Escritores - Oruro

Hace doce décimas de segundo que tengo el universo atolondrado. Veo al cielo y me siento pequeño. Recuerdo que hace algunos años leí un libro que empezaba en el silencio. El silencio es una serpiente extensa como el tiempo. Hoy reconozco ese comienzo. El libro titulado "Apuntes de Historia de la Cultura" de Vicente González-Aramayo Zuleta, era la espada que cortaba los tulos del arcano al decir "cosmos", "hombre", "vida", "misterios", "mundo".

Creo que así comienza su narrativa, un paso afuera del círculo sin fin, en el estabón inmediato superior al ledio, en la sombra bajo un árbol, en un día de sol pujante, entre erudición y esotería; y no me refiero en específico a ese libro sino al conjunto de su obra.

Tres libros de su autoría son novelas, "Juan de los Indios", "El ocaso del Awancay" y "La llave de Piedra". Allí los granos esenciales de su prosa aun son vida, hombre, libertad, identidad, verdad y corazón". Y de manera especial, la más reciente novela, tiene entre esos granos, una joya íntima con fuerza gravitatoria, tétrica y sanguinaria. Oruro.

Tratar de la trama de dichas novelas sería una emboscada a cualquier lector. Porque leer un libro es como subir a una montaña. Así, distingo dos clases de libros buenos: los primeros son aquellos que desde que se comienzan a leer, incitan a seguir hasta el final, a leerlos y leerlos sin descanso, hasta que no quedan páginas, es decir, empujan a alcanzar la satisfacción sublime de llegar a la cima de la montaña. Los segundos son aquellos que no te permiten llegar al final, porque te ponen a pensar en tal o cual frase, párrafos, o párrafos, y no queda concentración para los que siguen, es decir, es como subir a la montaña las últimas horas de la tarde, segura la cima sería lento si hay un ocaso hermoso para apreciar y disfrutar. Así son los libros de Vicente González-Aramayo, como los segundos, cada trozo tiene un goce especial y reprimido no sería útil.

Quien lee estas obras, estoy seguro, estará de acuerdo conmigo, pues encontrará al autor, como un amigo esperando contar historias que pertenecen a la historia, con la entonación del silencio que se enrosca y se queda entre la incertidumbre y las dudas cotidianas que nos alejan de nosotros mismos.



Sergio Gareca Rodríguez. Escritor. Miembro de la Unión Nacional de Poetas y Escritores - Oruro